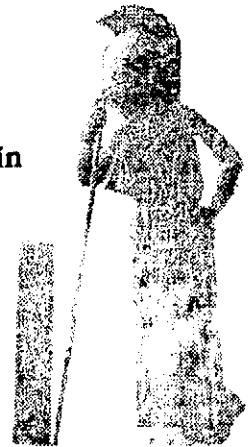


D. Plácido - J. Alvar  
J.M. Casillas - C. Fornis  
(eds.)

# IMÁGENES DE LA POLIS

Coordinadora:  
M<sup>a</sup> del Mar Myro Martín



*Dr. César Fornis*



EDICIONES CLÁSICAS  
MADRID

ARYS  
Antigüedad: Religiones y Sociedades

Primera edición 1997

Este volumen ha sido editado y publicado con la ayuda financiera del Ministerio de Educación y Ciencia. DGCYCIT.  
También han colaborado en la edición y publicación la Universidad Complutense, la Comunidad Autónoma de Madrid y la Caja de Madrid.

© ARYS  
© EDICIONES CLÁSICAS, S.A.  
c/ San Máximo 31, 4º 8  
Edificio 2000  
28041 Madrid

Motivo de cubierta y cabeceras:  
Fco. Javier Sánchez Palencia (GICA-CEH-CSIC)  
Procesamiento informático, Índices y Repertorio bibliográfico:  
Juan Miguel Casillas y Mª del Mar Myro Martín

I.S.B.N.: 84-7882-206-2  
Depósito Legal: M-16964-1997  
Impreso en España

Imprime: EDICLÁS  
c/ San Máximo 31, 4º 8  
28041 Madrid  
Encuadernación Cayetano  
Mateo García 29, Madrid

ÍNDICE

Presentación .....	VII
Marina Picazo Gurina, «La invención de Cronos: la construcción del tiempo en la Edad del Bronce en el Egeo» .....	1
Jaime Alvar, «El problema de la precolonización en la gestación de la polis» .....	19
Adolfo J. Domínguez Monedero, «La polis griega en el ámbito extra egeo: singularidades y características» .....	35
César Fornis, «La polis como metrópoli: Tucídides y el imperio colonial corintio» .....	63
Rebeca Rubio Rivera, «La génesis del estado macedonio: Alejandro I y las poleis griegas» .....	89
Laura Sancho Rocher, «La polis y el bien común: un aspecto de la polémica política en la Atenas de fines del siglo V» .....	107
Domingo Plácido, «La imagen heroica de la Atenas democrática» .....	127
Juan Miguel Casillas, «Propiedad fundiaria y riqueza económica en Esparta. Un acercamiento a la herencia» .....	135
Vasilis G. Tsiolis, «Teoría, propaganda y pragmatismo en la planificación urbana. El caso de las ciudades de Arcadia» .....	161
Alicia Chueca Ramón, «Las estelas áticas: problemas en torno a su redacción» .....	179
José Pascual González, «La confederación beocia de principios del siglo IV a.C. A través de los sistemas de información geográfica» .....	191
Alejandro Noguera Borel, «La falange macedonia: el problema de los ἀσθηταίροι» .....	215
Arminda Lozano, «Las poleis minorasiáticas en época helenístico-romana. Ciudades antiguas y nuevas fundaciones» .....	233
Patricio Guinea Díaz, «Oriente y Occidente en la Bitinia helenística» .....	249

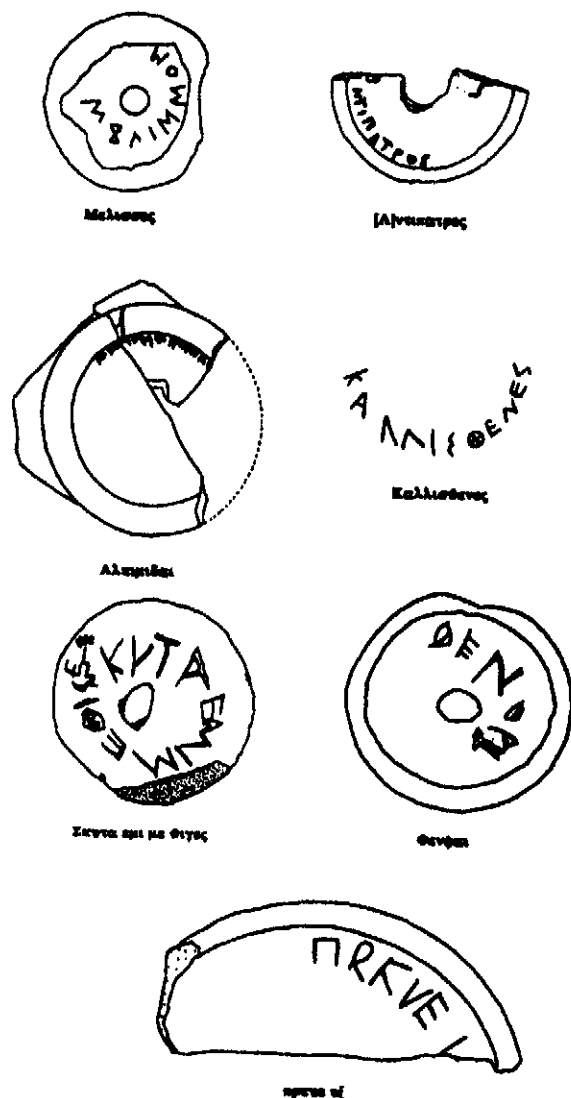


Figura 2. *Graffiti* procedentes de la acrópolis de Gela. Según Piraino Manni, 1980.



## La polis como metrópoli: Tucídides y el imperio colonial corintio

César Fornis

Corinto constituye un caso particular dentro del fenómeno colonizador griego. A diferencia de sus primeras fundaciones de la segunda mitad del siglo VIII a.C., Corcira y Siracusa, que inmediatamente se organizan como *poleis* independientes de la metrópoli<sup>1</sup>, la segunda oleada colonizadora corintia, centrada en el Noroeste continental de Grecia, se va a caracterizar por presentar numerosos rasgos indicativos de unos lazos de unión hacia la ciudad madre que trascienden la práctica habitual. La fundación de estas segundas *apoikiai* coincide *grosso modo* con el período de tiranía cipsélida en Corinto, según la cronología alta tradicional<sup>2</sup>, durante la cual asistimos a una auténtica política colonial de carácter dinástico. Pero el ámbito hegemónico de Corinto no se limita a sus colonias, sino que éstas se constituyen en puntas de lanza para

<sup>1</sup> No podemos restar importancia en este hecho al factor geográfico, pues la distancia era un notable impedimento para el establecimiento de cualquier control sobre una colonia; pese a ello, la historia de Siracusa está plagada de ejemplos de solicitud de ayuda diplomática o militar a la ciudad madre en virtud de una común *syngeneia*, así como de prósperas, pero no exclusivas, relaciones comerciales entre ambas; cf. M.I. FINLEY, *Ancient Sicily*, Londres 1968, 32-5. Las citas sin nombre del autor, tanto en texto como en nota, son siempre a Tucídides.

<sup>2</sup> Contra la cual la principal argumentación proviene de É. WILL, *Korinthiaka. Recherches sur l'histoire et la civilisation de Corinthe des origines aux Guerres Médiques*, París 1955, 363-440, desarrollando lo ya expuesto por K.J. BELOCH, *Griechische Geschichte* I, 2, Estrasburgo 1912-13, 274-84, consistente en retrasar a c. 620 el acceso de Cipselo al gobierno de Corinto y con él de los setenta y tres años de régimen tiránico; su tenaz intento de criticismo a la cronología alta no ha tenido apenas repercusión y hoy en día prevalece la aceptación casi unánime de los presupuestos tradicionales.

*Imágenes de la Polis*, D. Plácido, J. Alvar, J.M. Casillas & C. Fornis (eds.), ARYS 8, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997.

penetrar en el transpaís indígena, dentro del proceso general de predación que suponía la colonización griega. Curiosamente el control ejercido por Corinto en el NO no ha recibido tanto el nombre de «imperialismo» como el de «monopolio comercial», concepto que por inaplicable que sea al mundo antiguo, lo es en mayor medida a Corinto, que nunca trató de acaparar el mercado occidental con sus productos, a pesar de que el predominio de su cerámica en el arcaísmo ha llevado a concebirla como un estado mercantilista en sentido moderno, sólo preocupado de evitar la competencia en la obtención de beneficios comerciales<sup>3</sup>. Sin embargo, Corinto levantó en el NO una auténtica ἀρχή<sup>4</sup>, un imperio político, fundamentalmente marítimo, aunque bien diferente del ateniense del siglo V, con el que inevitablemente chocó cuando Atenas vio en el Occidente un nuevo y explotable ámbito de expansión<sup>5</sup>. Por otro lado, tampoco hemos de ver en las *apoikiai* corintias un modelo semejante a las cleruquías atenienses, en que los colonos conservaban la ciudadanía originaria, ni un territorio que sea una mera prolongación del

<sup>3</sup> Los hallazgos arqueológicos se han encargado de refutar esta visión «modernista» de la economía corintia pues testimonian que las fundaciones de Siracusa y Corcira son anteriores a la difusión de los productos corintios por el Oeste y señalan más bien en sentido contrario: la cerámica y manufacturas corintias se beneficiarían de estas colonias griegas en la apertura del mercado occidental; cf. A.J. GRAHAM, *Colony and Mother City in Ancient Greece*, Manchester 1964, apénd. I (218-23) para bibliografía y un resumen de la polémica al respecto. Sin entrar a la raíz del problema diré que estas primeras colonias responden a las nuevas condiciones sociales que se viven en Corinto en el siglo VIII, principalmente aumento demográfico y escasez de tierras productivas —lo que se conoce como *stenochoria*—, que motivó la salida de campesinos sin parcela en busca del reparto de lotes en nuevos asentamientos; Corcira y Siracusa son, pues, en su origen, colonias de poblamiento, no *emporía* comerciales, por usar una terminología tradicional, como certifica la proverbial riqueza agrícola de Siracusa en la Antigüedad.

<sup>4</sup> Véanse los capítulos respectivos que A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 118-53 y CL. MOSSÉ, *La colonisation dans l'Antiquité*, Paris 1970, 69-81 dedican a la colonización corintia; É. WILL, *Korinthiaka...*, *op. cit.* (n. 2), 527 prefiere la expresión «comunidad colonial corintia».

<sup>5</sup> Este conflicto, en gran medida determinante de la llamada Guerra del Peloponeso, no tiene un fundamento comercial, como se ha dicho muchas veces, sino político: la lucha por imponer su poder al otro, dentro de la tendencia general griega de que la libertad de un estado se entiende como el derecho de aplastar a los vecinos.

estado corintio<sup>6</sup>. En mi opinión nos moveríamos en un estadio intermedio: la colonia se organiza de forma autónoma, pero existían ciertos mecanismos, más importantes que el uso de una fuerza militar, por los que Corinto proyectaba su dominio sobre sus *ktiseis*, asegurándose un afecto y fidelidad que iba más allá del simple respeto que usualmente se debía a la μητρόπολις. Así, en ningún momento dejaron de respaldarla en los conflictos en que participó, sea en el bando o por el motivo que fuera —Guerras Médicas, Guerra del Peloponeso, Guerra Corintia, expedición de Timoleón a Sicilia—, para acabar sufriendo idéntico destino que Corinto tras su oposición a Filipo en Queronea; a cambio, la metrópoli proporcionaba soporte militar, diplomático o refugio para los exiliados, siempre que no entrara en contradicción con sus propios intereses<sup>7</sup>.

Cipselo y su hijo Periandro pusieron los cimientos de este *Kolonialreich* al mandar como *oikistai* a otros miembros del *genos* cipsélida. Así Ambracia, Léucade y Anactorio fueron fundadas por los hijos de Cipselo<sup>8</sup>, mientras Potidea —la única colonia oriental de Corinto, en la península tracia de Palene— tuvo como *oikistes* a Evágoras, hijo de Periandro<sup>9</sup>. Sin ser específicamente atribuidas a los tiranos, Solio, Calcis y Molierio forman parte del mismo esquema colonial diseñado por los propios cipsélidas en este área<sup>10</sup>, pero dos razones nos hacen considerar más probable que su fundación se llevara a cabo por parte de la oligarquía que les sucedió en el gobierno, continuadora de la idiosincrasia de

<sup>6</sup> Como hizo U. KAHRSTEDT, *Griechisches Staatsrecht I*, Gottinga 1922, 357 ss.; en parecidos términos se expresaron F. HAMPL, «Poleis ohne territorium», *Klio* 32, 1939, 39 ss. y F. GSCHNITZER, *Abhängige Orte im griechischen Altertum*, München 1958, cap. 23. A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 119 ss. desmonta, no siempre de forma convincente, sus argumentos.

<sup>7</sup> R.J. LITTMAN, *The Greek Experiment. Imperialism and Social Conflict, 800-400 B.C.*, Londres 1974, 67; J.B. SALMON, *Wealthy Corinth*, Oxford 1984, 390.

<sup>8</sup> Str., 7.7.6; 10.2.8; Scymn., 435; Plu., *Moralia* 552 e-f; Nic.Dam., *FGrH* 90 F 59; Th., 1.55.1; 4.49 (en adelante las referencias sin nombre del autor son siempre a Tucídides). Arist., *Ath.* 17.4 confirma el carácter hereditario del régimen ambraciota.

<sup>9</sup> Nic.Dam., *FGrH* 90 F 59.

<sup>10</sup> É. WILL, *Korinthiaka...*, *op. cit.* (n. 2), 520; A.W. GOMME, *A Historical Commentary on Thucydides (HCT)*, Oxford 1956, III 102, 1.

dicho programa de política exterior. La primera es el difícilmente justificable siglo y medio de silencio de las fuentes ya que estas tres colonias no aparecen en las mismas antes del siglo V<sup>11</sup>. Una segunda razón es la terminología que emplea Tucídides para referirse a ellas, con expresiones como τῶν Κορινθίων πόλιν/πόλισμα, mientras el resto de las colonias corintias recibe la designación habitual de ἀποικία, lo que ha llevado a Salmon a pensar que tal vez no fueran colonias, sino *polismata* arrebatadas a los indígenas por Corinto en el siglo V<sup>12</sup>. El estudio análogo de estas expresiones en Tucídides que ha realizado Graham demuestra que lo que el historiador ático pretende es más bien dar a entender el control político que Corinto ejercía sobre estas colonias<sup>13</sup>, control que probablemente fuera más estrecho si se confirma una fecha más tardía de fundación —además de por estar enclavadas en el propio Golfo Corintio—, pues con el tiempo la oligarquía corintia fue consolidando estos lazos de unión con los miembros de su *arche*. Excepto Potidea, las demás *ktiseis* se escalonan a lo largo de la costa e interior noroccidental del continente (Etolia, Acarnania y Epiro), conformando una cadena cuya finalidad analizaremos más adelante. Asimismo, con Periandro Corcira —y con ella presumiblemente Epidamno— pierden su independencia y pasan a ser dominio corintio a través del gobierno de un sobrino suyo<sup>14</sup>. Por último, ya en el Ilírico, Periandro funda Apolonia<sup>15</sup>, al margen de la controvertida participación corintia —entre la que

<sup>11</sup> Es Tucídides quien nombra por primera vez estas colonias, en su relato de la Guerra Arquidámica: Solio (2.30.1), Calcis (1.108.5), Molicrio (3.102.2). No obstante, reconozco que la validez del argumento *e silentio* está lejos de ser conclusiva.

<sup>12</sup> J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 277-8. Este argumento era también determinante en la formulación de las teorías de U. Kahrstedt y F. Hampl (*vid. supra* n. 6).

<sup>13</sup> A.J. GRAHAM, «Corinthian Colonies and Thucydides' Terminology», *Historia* 11, 1962, 246-52.

<sup>14</sup> Hdt., 3.52; Nic.Dam., *FGH* 90 F 59.

<sup>15</sup> 1.26.2; Plu., *Moralia* 552 c-f; Plin., *Nat.* 3.23(26).145; D.C., 41.45; St.Byz., *s.u.* *Apolonia*. Str., 7.5.8 y Scymn., 439 la hacen colonia conjunta corintio-corcira; según Paus., 5.22.4 sería exclusivamente corcira. Esta discrepancia entre las fuentes, de acuerdo a A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 131, reflejaría la lucha por el control de la colonia, que al final caería del lado corintio. El material arqueológico de Apolonia confirma una fecha de fundación en torno al 600.

destaca el propio *oikistes*, Falio— en la colonización de Epidamno por los corcirenses<sup>16</sup>.

Dado que el *oikistes* dirigía la empresa colonizadora y organizaba todo lo referente a la fundación<sup>17</sup>, al elegir a uno próximo ideológicamente al poder político, se garantizaba de este modo la fidelidad, cuando no la sujeción, de la colonia a la metrópoli. Por más que sencillo no deja de ser efectivo este medio de control elaborado desde la cúspide de la pirámide social del ámbito colonial. No obstante, a la caída del régimen tiránico en *c.* 582 no se esfumaron los vínculos metrópoli-colonia, se mantuvieron vigentes y con inusitada fuerza, si bien ahora se ven revestidos de un carácter cívico que sustituye al dinástico y personalista manifestado con los tiranos<sup>18</sup>, pero sin merma en absoluto de cierta dependencia política respecto de Corinto. Bajo este manto cívico y político amparado en las estructuras de la *polis* subyacen, sin embargo, relaciones *inter classes* que unen a los miembros de la oligarquía corintia con las elites locales, los descendientes de los primeros colonos convertidos en *geomoroi* o grandes propietarios, en un instrumento que nos ayuda a entender la naturaleza del vínculo entre colonia y metrópoli y nos da la clave para su supervivencia<sup>19</sup>. Tucídides (1.60.2) nos aporta un

<sup>16</sup> 1.24.1-2; Str., 7.5.8. Cf. App., *BC* 2.39.

<sup>17</sup> El papel del *oikistes* evoluciona de forma paralela al modo en que lo hace el carácter de las colonias, siendo en las más antiguas un individuo de poder omnímodo, casi monárquico, para ir perdiendo poder a medida que la ciudad madre interfiere en los asuntos internos de la *apoikia*; véase A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 29-39, I. MALKIN, *Religion and Colonization in Ancient Greece*, Leiden 1987, 189-266 y A.J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, *La polis y la expansión colonial griega (siglos VIII-VI)*, Madrid 1991, 106-8.

<sup>18</sup> É. WILL, *Korinthiaka...*, *op. cit.* (n. 2), 526, seguido por Cl. MOSSÉ, *La colonisation...*, *op. cit.* (n. 4), 75. Esto no significa, en mi opinión, aceptar que las colonias formaran parte del patrimonio personal del *tyrannos*, según denuncia A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 30 con n. 5 al hilo de su crítica al posicionamiento de Will.

<sup>19</sup> Un excelente tratamiento de la institución de la *xenia* en G. HERMAN, *Ritualised Friendship and the Greek City*, Cambridge 1987. Por otra parte, la élite colonial, conformada por estos primeros *epoikoi*, consumía cerámica de calidad corintia cuya temática tenía el papel simbólico de remitir a los ancestros y mitos de la madre patria —lo mismo que los festivales y cultos comunes, reforzando su cohesión de grupo y su preeminencia social ante el resto de la comunidad colonial (véase una reciente discusión en K. ARAFAT y C. MORGAN, «Pots and Potters in Athens and Corinth: a Review», *OJA* 8, 3, 1989, 335).

buen ejemplo de estos pactos de *xenia* cuando presenta al corintio Aristeo, hijo de Adimanto –el almirante corintio en Artemisio y Salamina–, con intereses en Potidea, acaudillando la revuelta contra Atenas<sup>20</sup>. El caso de Aristeo, que no debió ser único<sup>21</sup> –si ha llegado hasta nosotros ha sido fruto de la talla historiográfica de Tucídides–, demuestra que al menos parte de la clase gobernante corintia tenía en las colonias el fundamento económico de su patrimonio –sea de tipo comercial, metalífero, esclavista o de cualquier otra índole– y no sólo en los latifundios de la Corintia, según era norma entre la aristocracia tradicional helénica<sup>22</sup>. Estos miembros de la oligarquía corintia no sólo se preocupaban por mantener estrechos vínculos con los *dynatoi* locales en sus colonias y ciudades aliadas de Acarnania, sino que miraban por instalar y sustentar regímenes afines, es decir, oligarquías que restringieran el acceso a la ciudadanía plena de colonos e indígenas como medio de interferir en

<sup>20</sup> Aunque sin duda la expedición que lideró Aristeo tuvo un carácter oficial, es decir, tenía el respaldo del gobierno corintio (cf. G.E.M. DE STE. CROIX, *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres 1972, 83), los integrantes de la misma eran voluntarios corintios y mercenarios del resto del Peloponeso, de los cuales la mayoría de los primeros marcharon hacia la persona de Aristeo. De ahora en adelante en la guerra calcídicos y botieos aparecerán unidos a Corinto por juramentos que ni siquiera la Paz de Nicias podrá romper (5.30.2-4). Por otra parte, Aristeo había sido uno de los estrategos que dirigieron la flota corintia en Leucimne (1.29.2). Sobre el lugar que ocupa este personaje en la obra de Tucídides, véase H.D. WESTLAKE, «Aristeus, the Son of Adeimantus», *CQ* 41, 1947, 25-30 (= *Essays on Greek Historians and Greek History*, Manchester 1969, 74-82).

<sup>21</sup> Tal vez tengamos otro ejemplo en Jenóclides, hijo de Euticles, comandante de la guarnición que Corinto envió en ayuda de Ambracia en 426 (3.114.4) y que, como sucede con Aristeo, ya había comandado la flota corintia en el NO, esta vez en Sibota (1.46.2), por lo que debemos sospechar que mantenía algún vínculo o interés especial en esta región, quizás posesiones privadas en alguna de las colonias corintias, participaciones en las ricas minas ilirias a las que los corintios accedían por vía terrestre o simplemente algún tipo de ascendencia sobre los oligarcas locales de Ambracia.

<sup>22</sup> D. KAGAN, «Corinthian Diplomacy after the Peace of Nicias», *AJP* 81, 1960, 294-6 y *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Itaca-Londres 1981, 36-7 ha desarrollado la convincente hipótesis, aunque carente de pruebas, de que la clase gobernante corintia se dividía en «aristócratas terratenientes» por una parte y «oligarcas comerciantes y mercaderes» por otra, en virtud de la naturaleza de su patrimonio personal, siendo seguido en esta idea por numerosos autores. *Contra* J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 327 con n. 10, que niega cualquier vinculación de la clase gobernante corintia con actividades comerciales y manufactureras.

el funcionamiento institucional de la comunidad<sup>23</sup>. Esta norma general no impide que se pueda respaldar a otro tipo de regímenes cuando existen intereses de por medio, como p. ej. la restauración del tirano filocorintio Evarco –depuesto por los atenienses en 431– en la ciudad acarnania de Ástaco (1.33.1) o la ayuda a la facción demócrata de Epidamno para hacer frente a los aristócratas procorcirenses (1.25-26).

No podemos descartar que, como ocurrió en el último caso citado, la metrópoli enviara nuevos contingentes de colonos para integrarse en el cuerpo cívico de las colonias –lo mismo que se preocupó de mandar guarniciones militares<sup>24</sup>–, en ambos supuestos con vistas a asegurar la permanencia de la colonia en su esfera de influencia frente a posibles desestabilizaciones sociales propiciadas por agentes externos<sup>25</sup>. Precisamente fomentar la discordia (*eris*) y buscar la contienda civil (*stasis*) en Corcira en plena Guerra Arquidámica fue la pretensión de un audaz plan de la oligarquía corintia para tratar de sustituir el régimen democrático por uno oligárquico, que traería la ruptura de la alianza con Atenas y el acercamiento a Corinto y los peloponesios; la forma de conseguirlo era una vez más a través de las actividades de un sector influyente de la sociedad corcirea, doscientos cincuenta *protoi* de la ciudad que habían combatido como *epibatai* en Sibota, habían sido capturados por los corintios y convencidos por éstos para trabajar en aras de un cambio constitucional que les aupara al poder<sup>26</sup>.

Pero la pretensión corintia de control y explotación sobre el territorio rebasaba las barreras de sus establecimientos coloniales y transgredía el espacio indígena. Así, la asistencia militar y logística provista por la cadena colonial corintia permitía a los leucadios la explotación de la

<sup>23</sup> Un estrecho régimen oligárquico, encarnado en los descendientes de los primeros colonizadores, es confirmado en Apolonia por Arist., *Pol.* 1290 b 5 y en Epidamno –al menos hasta la *stasis* que en 435 llevó a la expulsión de los «poderosos» (1.24.5)– por *Pol.* 1301 b 10.

<sup>24</sup> Como en los casos de Léucade (3.7.5) y Ambracia (3.114.4).

<sup>25</sup> D. KAGAN, *Politics and Policy in Corinth, 421-336 B.C.*, diss. Ohio State Univ. 1958, 12 mantiene que la fidelidad de las colonias fue posible gracias a la continua llegada del excedente de población de Corinto desde el siglo VII.

<sup>26</sup> 3.70.1; cf. J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 315.

perea situada en tierra acarnania<sup>27</sup>, motivando que en general el *koinon* acarnanio se mostrara hostil a la presencia y expansión colonial corintia en el NO pues significaba verse privados de tierras productivas y, tal vez, de población destinada al gran mercado de esclavos instalado en Corinto. Bajo esta luz hemos de ver también la *stasis* que estalló a mediados del siglo V en Argos, la principal ciudad de Anfiloquia, donde los argivos autóctonos convivían con elementos ambraciotas<sup>28</sup>. Éstos terminaron por expulsar a aquéllos de la ciudad, motivando que, para hacer frente a la presión procorintia, el *koinon* acarnano-anfiloquio solicitara la ayuda ateniense, que cristalizó en la expedición de Formión. El estratego ateniense liberó Argos, esclavizó a la población ambraciotas y entabló alianzas con los pueblos acarnanios (2.68.7-8). Estos compromisos se levantaban sobre redes personales fundadas en la amistad y la fidelidad, que funcionaban a modo de clientelas con personajes destacados del espectro sociopolítico acarnanio, que le permitían gozar de considerable predicamento y abonaban el terreno para la intervención ateniense en la Guerra del Peloponeso<sup>29</sup>, quienes necesitaban del *koinon*

<sup>27</sup> W.M. MURRAY, *The Coastal Sites of Western Akarnania: a Topographical-Historical Survey*, diss. Pennsylvania Univ. 1982, 189, 204 con n. 41, 285.

<sup>28</sup> La cronología de estos hechos y de la subsecuente expedición de Formión ha sido un problema muy debatido por los estudiosos por ser crucial para determinar la responsabilidad corintia o ateniense en los acontecimientos que desembocaron en la Guerra del Peloponeso. Las diferentes posturas oscilan entre los años 454 y 432; entre otros puede consultarse H.T. WADE-GERY, *Essays in Greek History*, Oxford 1958, 253-4; R.L. BEAUMONT, «Corinth, Ambracia, Apollonia», *JHS* 72, 1952, 62-3; A.W. GOMME, *HCT* III, 105, 1; B.D. MERITT, H.T. WADE-GERY y M.F. MCGREGOR, *The Athenian Tribute Lists* III, Princeton 1950, 320; D. KAGAN, *The Outbreak of the Peloponnesian War*, Itaca-Londres 1969, 252, 385; G.E.M. DE STE. CROIX, *The Origins...*, *op. cit.* (n. 20), 85-8; R. SEALEY, *A History of the Greek City States ca. 700-338 B.C.*, Berkeley-Los Angeles-Londres 1976, 318; W.M. MURRAY, *The Coastal Sites...*, *op. cit.* (n. 27), 293-5; J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), apéndice III (422-3); P. KRENTZ y C. SULLIVAN, «The Date of Formion's First Expedition to Akarnania», *Historia* 36, 1987, 241-3.

<sup>29</sup> W.M. MURRAY, *The Coastal Sites...*, *op. cit.* (n. 27), 295 prefiere hablar de un partido de Formión sobre los «partidos» proatenienses acarnanios; sin embargo, éstos serían como tales, sino que se trataba de los círculos de poder personal de los aristócratas, cada uno de los cuales tendría un rol determinante en su respectiva polis, *op. cit.* (n. 7). Por contra, W. LENGAUER, *Greek Commanders in the 5th and 4th Centuries B.C.: Politics and Ideology: a Study of Militarism*, Varsovia 1979, 45 niega cualquier influencia de Formión y limita su participación exclusivamente a los combates.

acarnanio-anfiloquio para deshacer la influencia corintia en la región, irradiada a partir de sus centros coloniales. En el invierno del 429/8 Formión avanzó con sus cuatrocientos hoplitas atenienses y cuatrocientos mesenios hasta Ástaco sin resistencia, lo que indica que esta ciudad ya no albergaba un gobierno hostil a Atenas como había sido el de Evarco; posteriormente, expulsó de Estrato, Coronta y otros lugares a determinados hombres sospechosos de no ver con buenos ojos la intervención ateniense, e incluso colocaron un régimen favorable en Coronta mediante el restablecimiento de Kines, evidentemente algún alto mandatario local de naturaleza proateniense (2.102.1-2). Los medios empleados por Formión, por tanto, no difieren de los observados en los oligarcas corintios para intentar ejercer el control sobre el territorio. Igualmente, estas conexiones políticas quedan plasmadas tanto en el requerimiento acarnanio primero de Formión (2.81.1) y después de un hijo o pariente en sustitución de éste (3.7.1) como en la negativa al asentamiento ateniense en Ambracia (3.113.6), signo evidente del rechazo global de los acarnanios a la militancia o subordinación de estos *ethne* a la *arche* ateniense. Tras su campaña anfiloquia de 426, los acarnanios encontraron en Demóstenes un digno continuador de la labor de Formión, con un agradecimiento que quedará patente en su participación como mercenarios en Sicilia y en otras campañas más por vinculación personal con él que por obligación de tratado hacia Atenas (7.31.5; 57.10). Iliria fue también objeto de la atención diplomática de Atenas, según demuestra un decreto que honraba a determinados personajes ilirios en c. 433<sup>30</sup>, cuando su *epimachia* con Corcira hizo inevitable para los atenienses el enfrentamiento con Corinto. Por su parte, el imperalismo corintio-ambraciotas tenía unos buenos aliados en las tribus epirotas y en especial en los poderosos caones, enemigos de los corcirenses por la expansión de éstos por el continente, que amenazaba la llanura caonia<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> IG I<sup>2</sup> 72; cf. D. RENDIC-MIOCEVIC, «Encore le décret athénien IG, I<sup>2</sup>, 72», *Vjesnik arheoloskog muzeja u Zagreb*, 1977/8, 133-40.

<sup>31</sup> 3.85.2. Cf. N.G.L. HAMMOND, *Epirus. The Geography, the Ancient Remains, the History and the Topography of Epirus and Adjacent Areas*, Oxford 1967, 490; R.L. BEAUMONT, «Corinth...», art. cit. (n. 28), 63-4; J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 276 sos-

Dos epitafios nos hablan de la resistencia indígena a la coerción aplicada por los colonizadores. El primero de Próclidas, en alfabeto corintio y fechado en el segundo cuarto del siglo V<sup>32</sup>, testimonia que entregó su vida en el Norte de Acarnania defendiendo a su estado, sin duda en algún choque con elementos anfiloquios o acarnanios<sup>33</sup>. El segundo del corcirese Arniadas, de la primera mitad del siglo VI, muerto en combate en el Golfo Ambrácico<sup>34</sup>, seguramente dentro del tira y afloja que mantienen los dos poderes, ambos coaligados con indígenas (*vid. infra*), por ampliar el control sobre la región. En un lugar aún más remoto, Epidamno, encontramos al pueblo ilirio de los taulantias ayudando a la facción aristocrática corcirese a resistir la presión del imperialismo corintio, que intentaba arrebatárle el control de su colonia (1.26.4; cf. 1.24.1). Por otra parte, los apoloniatas dedicaron en Corinto el botín obtenido en una guerra contra las ciudades de Abantis y Tronio, en su proceso expansivo hacia el Sur<sup>35</sup>, según reza una inscripción erigida en Olimpia y fechada en el tercer cuarto del siglo V<sup>36</sup>. El genérico *hoi*

pecha también que los corintios podían dar protección a los epirotas frente a los corcirese. Como claramente ha señalado V. ALONSO TRONCOSO, *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.)*, Madrid 1987, 295 «algunas tribus epirotas, si no ya todas ellas, estaban ligadas a Corinto por tratados de amistad, que llegado el caso podían traducirse en ayuda militar como la del 433, pero que con toda seguridad no comportaban obligaciones permanentes, equivalentes a las de sus colonias o a las de cualquier integrante de la alianza peloponesia».

<sup>32</sup> IGIX, 1, 521; cf. L.H. JEFFERY, *The Local Scripts of Archaic Greece*, Oxford 1961, 228 n° 8.

<sup>33</sup> La suposición de J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 276 n. 20 de que dicho enfrentamiento pudo ser con ocasión de la primera expedición de Formión en ayuda de los acarnanios se queda en el terreno de la mera conjetura ya que hemos de suponer que la resistencia nativa a la expansión corintia daría lugar a continuos combates.

<sup>34</sup> IGXI, 1, 868; cf. L.H. JEFFERY, *The Local Scripts...*, *op. cit.* (n. 32), 234 n° 11.

<sup>35</sup> Según R.L. BEAUMONT, «Corinth...», art. cit. (n. 28), 65-6 y 68 con la intención de abrir o asegurar la ruta terrestre que uniera Apolonia con Corinto, de modo que se evitara una posible interferencia de Corcira.

<sup>36</sup> Paus., 5.22.2-4; la ofrenda consistía en un grupo escultórico en bronce obra de Licio, hijo de Mirón, que floreció en c. 450. Cf. L.H. JEFFERY, *The Local Scripts...*, *op. cit.* (n. 32), 229, R.L. BEAUMONT, «Greek Influence in the Adriatic Sea before the Fourth Century B.C.», *JHS* 56, 1936, 169-70, *Id.*, «Corinth...», art. cit. (n. 28), 65-6, J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 274 con n. 13 y A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 130-1.

*kypselidai*, por último, aparece en una *phiale* ofrecido en Olimpia procedente del expolio de Heraclea, topónimo ampliamente documentado en Grecia, pero que verosíblemente se refiera a la ciudad acarnania situada en torno al Golfo Ambrácico<sup>37</sup>.

Las excavaciones albanesas en Epidamno-Dyrrachion y Apolonia han constatado la presencia indígena en estas fundaciones<sup>38</sup>, principalmente a través de la onomástica en epitafios y monedas; este elemento indígena, a pesar de la existencia de una aristocracia que fue lentamente helenizándose, consumidora de productos de lujo<sup>39</sup>, sin duda ocupaba una posición de servidumbre frente a los privilegiados descendientes de los primeros colonos<sup>40</sup>. De hecho, los ilirios plantearon una dura resistencia a la colonización griega en general y corintio-corcirea en particular, siendo en gran medida responsables de la escasa penetración helénica en Iliria del Sur<sup>41</sup>.

Pero ¿qué finalidad cumplen estas colonias del NO? En principio, al igual que la mayor parte de las fundaciones helénicas de época arcaica

<sup>37</sup> S. CASSON, «Early Greek Inscriptions on Metal: some Notes», *AJA* 39, 1935, 413-4; J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 213-4. Según L. ANTONELLI, «Corinto, Olimpia e lo spazio ionico: il problema della *phiale* di Boston», en L. BRACCESI (ed.), *Hesperia*, 3, *Studio sulla Grecità di Occidente*, Roma 1993, 25-44, se trataría más bien de la ciudad pisata, por su cercanía al santuario eleo.

<sup>38</sup> Véase a modo de resumen S.C. BAKHUIZEN, «Between Illyrians and Greeks: the Cities of Epidamnus and Apollonia», *Iliria* 1, 1986, 171; S. ANAMALI, «Les villes de Dyrrachion et d'Apollonie et leurs rapports avec les Illyriens», *SA* 7, 2, 1970, 89-98.

<sup>39</sup> Según demuestran los ajuares de las sepulturas tumulares del cementerio de Apolonia; cf. A. MANO, «Considérations sur la nécropole d'Apollonie», *Iliria* 7-8, 1977/8, 71-82, esp. 78-80; *Id.*, «Les rapports commerciaux d'Apollonie avec l'arrière-pays illyrien», *Iliria* 4, 1974, 308.

<sup>40</sup> Arist., *Pol.* 1267 b 23 (Epidamno); 1303 a 13 y 1306 a 9 (Apolonia). Más que una esclavitud mercantía, las palabras del estagirita parecen aludir a una servidumbre étnica, de tipo hilótico, atestiguada en otra colonia corintia como es Siracusa, donde los *kyllyríoi* eran sículos subyugados. Cf. J. WILKES, *The Illyrians*, Oxford-Cambridge (Mass.) 1992, 113 y P. CABANES, *Les Illyriens de Bardylis à Genthios*, Paris 1988, 55-6.

<sup>41</sup> Sobre la piratería y belicosidad de las tribus ilirias, véase S. CASSON, *Macedonia, Thrace and Illyria*, Groninga 1968 (reimpr. Oxford 1926), 320 y A. MANO, «Problemi della colonizzazione ellenica nell'Iliria meridionale», en *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes. Actes du Colloque de Cortone*, Paris-Roma 1983, 229-30, aunque tal vez esta última se deja llevar de cierto ardor nacionalista al defender una «talasocracia ilirica en los mares Jónico y Adriático» durante el arcaísmo.



ca, se daba salida al excedente poblacional que sufría Corinto, suministrando lotes de tierra para los emigrantes, en su mayoría no propietarios en su *polis*, y paliando en cierta medida los problemas socioeconómicos que afectaban a la ciudad<sup>42</sup>. Así, la mayoría de los núcleos urbanos creados *ex novo*, cuentan con una *chora* lo suficientemente extensa y productiva para mantener a los colonos asentados. Más importante era su función de puertos de escala en la ruta a Occidente, sobre todo a Sicilia y la Magna Grecia, necesarios en la navegación de cabotaje. Las tasas impuestas por recalar en los puertos y los beneficios indirectos generados por el comercio occidental propiciaron una notable prosperidad a estas *apoikiai*. Por otra parte, a través de las colonias Corinto se surtía de las materias primas vitales para la ciudad y su población, principalmente grano<sup>43</sup>, metales<sup>44</sup> y madera<sup>45</sup>, entre otros pro-

<sup>42</sup> En la Antigüedad Corinto ya pasaba por ser una ciudad superpoblada, problema agudizado por la escasa extensión de la Corintia, apenas 800 km<sup>2</sup>.

<sup>43</sup> Para J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 131 Corinto necesitaba importar aproximadamente la mitad del grano que consumía su población, mientras E.F. BLOEDOW, «Corn Supply and Athenian Imperialism», *AC* 44, 1975, 27-8, basándose en datos sobre la fertilidad y productividad del suelo corintio en relación a su numerosa población, ha argüido que Corinto requería de tanto grano importado como la propia Atenas. El principal proveedor fue Sicilia y en especial Siracusa, con la que siempre mantuvo excelentes relaciones comerciales, pero el Epiro e Iliria probablemente tuvieron un papel productor más importante del que usualmente les es atribuido; así, el orador del siglo IV Licurgo (*Contra Leócrates* 26) acusó al meteco Leócrates de utilizar moneda ateniense para financiar un cargamento de grano epirota a Léucade y de allí a Corinto, mientras de la feracidad agrícola apoloniata da testimonio una ofrenda en Delfos de tres mil medimnos de trigo (véase M. GUARDUCCI, *Epigrafía Greca* II, Roma 1969, 266). En cuanto a las posibilidades agrícolas de Acarnania y Anfiloquia, cf. A. JARDÉ, *Les céréales dans l'Antiquité grecque*, París 1979 (reimpr. anastática 1979), 71 n. 2. Por último y aunque no en el NO, Potidea se asienta en Palene, la más rica de las tres penínsulas de la Calcídica, que todavía hoy produce una gran cosecha de grano; cf. J.A. ALEXANDER, *Potidaea. Its History and Remains*, Atenas (Georgia) 1963, 18 y S. CASSON, *Macedonia...*, *op. cit.* (n. 41), 56-7.

<sup>44</sup> *Vid. infra* nn. 57-61 para el suministro de plata para amonedación; tampoco existían fuentes locales de cobre y estaño para alear y obtener el bronce necesario para la escultura y la construcción. En el NO Corinto podía adquirir hierro, abundante en Istria y Eslovenia; cf. F. D'ANDRIA, «Greek Influence in the Adriatic: Fifty Years after Beaumont», en J.-P. DESCOEUDRES (ed.), *Greek Colonists and Native Populations*, Oxford-Camberra 1990, 283.

<sup>45</sup> El NO era rico en bosques de madera resistente para fines navales (cf. M.L.Z. MUNN, *Corinthian Trade with the West in the Classical Period*, diss. Bryn Mawr College

ductos<sup>46</sup>, de las que carecía o eran insuficientes en la Corintia, al mismo tiempo que encontraba mercados en donde colocar sus productos manufacturados (cerámica, perfumes, terracotas, bronce, tejidos, telas,...)<sup>47</sup>. Ya hemos dicho que no se trata de un monopolio del mercado occidental, sino de explotar en condiciones ventajosas el especial nexo que le une a sus colonias<sup>48</sup>. Corinto, además, importaba en grandes cantidades pues su extraordinaria localización geográfica favorecía el papel de centro redistribuidor de bienes y servicios, función que nos es conocida principalmente en época romana<sup>49</sup>, pero que sin duda perpetuaba un

1983, 5-6 y R.P. LEGON, *Megara. The Political History of a Greek City-State to 336 B.C.*, Itaca 1981, 219). R. MEIGGS, *Trees and Timber in the Ancient Mediterranean World*, Oxford 1984, 130, 493 cree que las costa de Acaya y el norte de Arcadia sustituyeron al NO como fuentes madereras para Corinto cuando ésta perdió su imperio durante la Guerra del Peloponeso. No podemos olvidar que la madera era el principal recurso de Potidea, cubierta de espesos bosques; cf. A.B. WEST, *The History of the Chalcidic League*, Madison 1918, 5; S. CASSON, *Macedonia...*, *op. cit.* (n. 41), 52; J.A. ALEXANDER, *Potidaea, op. cit.* (n. 43), 16-8.

<sup>46</sup> En el Adriático era posible acceder al codiciado ámbar procedente del Báltico, a las raíces de iris de los valles ilirios —usado para los famosos perfumes corintios—, al betún del valle de Aosta...; cf. R.L. BEAUMONT, «Greek Influence...», art. cit. (n. 36), 184 y F. D'ANDRIA, «Greek Influence...», art. cit. (n. 44), 283.

<sup>47</sup> Queda más allá de las miras de este trabajo abordar en detalle los productos, mecanismos y alcance del comercio corintio; véase un extenso tratamiento de este tema, incorporando los últimos hallazgos arqueológicos, en J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 101-58 y M.L.Z. MUNN, *Corinthian Trade...*, *op. cit.* (n. 45), *passim*.

<sup>48</sup> Si el comercio corintio triunfó en el Oeste se debió a que las vías y medios de distribución —en parte sustentados en sus colonias— se encontraban más consolidadas y a la buena calidad de sus manufacturas y no a acuerdos comerciales preferenciales (como sostenían T.J. DUNBABIN, *The Western Greeks*, Oxford 1948, 244 y M.-P. LOICQ-BERGER, *Syracuse. Histoire culturelle d'une cité grecque*, Bruselas 1967, 90), mientras que en el Mediterráneo Oriental tenía fuertes competidores como Atenas o Egipto. Así p. ej. cuando la cerámica ática de figuras negras desplace a la corintia, lo hará también en los mercados occidentales, pero ello no implicará la caída en las importaciones y exportaciones de otros productos; cf. L.J. SIEGEL, *Corinthian Trade in the Ninth through Sixth Centuries B.C.*, diss. Yale Univ. 1978, 257, 370 y J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 388-90.

<sup>49</sup> Véase D. ENGELS, *Roman Corinth. An Alternative Model for the Classical City*, Chicago-Londres 1990, 48-50 y apéndice I (173-8); C.K. WILLIAMS II, «Roman Corinth as a commercial center», en T.T. GREGORI (ed.), *The Corinthia in the Roman Period*, Ann Arbor 1993, 31-46; con un carácter más general, J. WISEMAN, «Corinth and Rome, I: 228 B.C. to A.D. 267», *ANRW* II, 7.1, 1979, 438-548.

rasgo esencial del *modus vivendi* de la ciudad durante su período de independencia<sup>50</sup>. En este sentido, la clase gobernante corintia, como directa responsable de su *arche* y merced a la reputada tradición naval de la ciudad, debía velar por la seguridad en los mares, limpiándolos de piratas, para permitir el libre desarrollo del comercio y del aprovisionamiento por vía marítima (1.13.3-5), bases de la prosperidad económica de las ciudades de este área. La localización costera de muchas de estas colonias hacía posible su utilización como bases navales de apoyo en esta labor de vigilancia<sup>51</sup>. Entre las ciudades acarnanias, Eniade se mostró como un fuerte bastión procorintio que sólo cedió al empuje ateniense cuando después de las victorias de Demóstenes en 426 el entrado corintio en el NO quedó prácticamente desmantelado<sup>52</sup>. La relación de amistad de los eniadas con los corintios, no siendo colonia de éstos, se cimentaba sin duda en el beneficio mutuo y en el reconocimiento por parte de la ciudad acarnania de la *arche* que los ístmicos habían construido en esta zona, tradicionalmente bajo su dependencia. Eniade se encontraba enclavada en el vértice del Golfo de Corinto, a unos dos km. al Norte del río Aqueloo y a unos siete km. del mar, lo que propiciaba su función de puerto de escala en las rutas de navegación a Occidente que controlaban los corintios y, por tanto, beneficiaria de los ingresos que dispensaban las mismas<sup>53</sup>. Idéntica base económica fomentó el rápido crecimiento y la prosperidad de Léucade<sup>54</sup>, cuya clase

<sup>50</sup> Así p. ej. en su discurso en el Congreso de la Liga, los embajadores corintios dejan claro que los estados del interior han de defender a los costeros —que no pueden ser otros que los ístmicos, Corinto y Mégara— si no quieren ver interrumpido su aprovisionamiento (1.120.2).

<sup>51</sup> G.E.M. DE STE. CROIX, *The Origins...*, op. cit. (n. 20), 87.

<sup>52</sup> 4.77.2. Pericles había liderado un ataque ateniense contra Eniade, que no prosperó, durante la Primera Guerra del Peloponeso (1.111.3).

<sup>53</sup> G.B. GRUNDY, *Thucydides and the History of his Age II*, Oxford 1948<sup>2</sup>, 354. Es posible que Eniade contase ya en el siglo V con la infraestructura urbanística requerida para estas funciones: un amplio puerto exterior que podía albergar al menos cinco barcos de guerra, otro puerto interior y un circuito amurallado de unos seis Km. que proveía una adecuada defensa de la ciudad; cf. W.M. MURRAY, *The Coastal Sites...*, op. cit. (n. 27), 32-4.

<sup>54</sup> Véase W.M. MURRAY, *The Coastal Sites...*, op. cit. (n. 27), 233-9 para la infraestructura portuaria y el uso del Canal de Léucade con fines económicos y fiscales.

dirigente reforzó los vínculos con su homónima de la metrópoli, auspiciadora y regidora de buena parte de este comercio occidental. Igualmente, Anactorio controlaba las tasas cobradas por el puerto de Actio, con una excelente ubicación a la entrada del Golfo Ambrácico<sup>55</sup>. Con los mismos fines fiscales y comerciales, Periandro hizo construir en el Golfo Corintio el puerto artificial de Lequeo, unos de los mejor acondicionados de la Antigüedad y el llamado *diolkos*, vía pavimentada que cruzaba el Istmo y permitía traspasar las naves del Golfo Sarónico al Corintio y viceversa, evitando así la circunvalación del Peloponeso y el peligroso cabo Malea<sup>57</sup>.

Pero no todas las fundaciones se orientaban al Mar Jónico y al Occidente. La presencia corintio-corcirea en el Adriático, encarnada en Apolonia y Epidamno —en parte apoyadas por Ambracia y Anactorio en el interior— sólo puede justificarse como asentamientos destinados a la provisión de la plata necesaria para la acuñación monetaria, plata que se encontraba en abundancia, junto a otros metales, en los yacimientos del Sur de Iliria<sup>57</sup>. Hace más de cuatro décadas que, en un artí-

<sup>55</sup> *Ibid.*, 271-2.

<sup>56</sup> Para las características y funcionamiento del *diolkos*, cuyos restos arqueológicos confirman una fecha en torno al año 600, véase el relato de su excavador N. VERDELIS, «How de ancient Greeks transported ships over the Isthmus of Corinth: uncovering the 2500-year-old diolkos of Periander», *ILN* October 19, 1957, 649-50; cf. también R.M. COOK, «Ancient Greek Trade: Three Conjectures», *JHS* 99, 1979, 152-3.

<sup>57</sup> Str., 7.7.7, que habla incluso de un descendiente de los Baquíadas gobernando entre los lincestas. Cf. R.L. BEAUMONT, «Greek Influence...», art. cit. (n. 36), 181-4; É. WILL, *Korinthiaka...*, op. cit. (n. 2), 536-8; J.G. MILNE, *Greek Coinage*, Oxford 1925, 26; CL. MOSSÉ, *La colonisation...*, op. cit. (n. 4), 71; L. BRACCESI, *Grecità Adriatica*, Bolonia 1971, 43-6; J. WILKES, *The Illyrians*, op. cit. (n. 40), 110; P. CABANES, *Les Illyriens...*, op. cit. (n. 40), 55; F. D'ANDRIA, «Greek Influence...», art. cit. (n. 44), 285. J.M.F. MAY, *The Coinage of Damastion*, Oxford 1939, VIII-IX, seguido por A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, op. cit. (n. 3), 142, no se pronuncia y deja el asunto en el terreno de la «conjetura probable», pero hace notar la riqueza de los ajuares de la necrópolis de Trebenishte, muy cercana a Damastio, algunos de cuyos objetos pueden tener un origen corintio; C.T. SELTMAN, *Athens, its History and Coinage*, Cambridge 1925, 128-9 pensó, asimismo, que la explotación de las minas fue motivo de conflicto entre Corinto y Corcira. Contra, M.I. FINLEY, «Classical Greece», en *Trade and Politics in the Ancient World*, Paris 1965, 11-8; D. KAGAN, *Outbreak...*, op. cit. (n. 28), 210-3, rectificando la posición mantenida en *Politics...*, op. cit. (n. 25), 16 y en «The Economic Origins of the Corinthian War», PP 16,

culo póstumo, Beaumont argumentaba con vehemencia en favor de la existencia de una ruta terrestre utilizada por Corinto que unía el Adriático y Tracia, trazado que posteriormente seguirá la *Via Egnatia* romana, aproximadamente desde Epidamno hasta Potidea<sup>58</sup>. El propósito sería el mismo, la explotación minera, que en el caso romano se nuclearizaba en el famoso yacimiento de *Damastion*<sup>59</sup>. La principal objeción a esta hipótesis proviene del conocido numismata Colin Kraay, que a través del análisis por activación de neutrones, negaba un origen ilirio a la plata de la moneda corintia<sup>60</sup>, pero este tipo de análisis no permite ver la procedencia de las trazas metalúrgicas y hoy día se está volviendo a los análisis químicos, más fiables para la cuestión de identificación<sup>61</sup>. Es

1961, 334; G.E.M. DE STE. CROIX, *The Origins...*, op. cit. (n. 20), 87 n. 54. Para la riqueza metalífera de los valles de Shkumbin, Mati, Drin y Vardar, cf. A. MANO, «Commerce et artères commerciales en Illyrie du Sud», *Iliria* 6, 1976, 119 y en general de Tracia y Macedonia, cf. S. CASSON, *Macedonia...*, op. cit. (n. 41), 59-79. Por otra parte, es muy improbable que la gran cantidad de plata requerida para la acuñación de moneda pudiera ser suministrada exclusivamente por las tasas y peajes sobre el comercio, como ha supuesto M.L.Z. MUNN, *Corinthian Trade...*, op. cit. (n. 45), 5.

<sup>58</sup> R.L. BEAUMONT, «Corinth...», art. cit. (n. 28), 62-73; sus tesis son aceptadas también por J.M.F. MAY, *The Coinage...*, op. cit. (n. 57), 2, L. BRACCESI, *Grecità...*, op. cit. (n. 57), 45, A. MANO, «Commerce...», art. cit. (n. 57), 123 y É. WILL, *Korinthiaka...*, op. cit. (n. 2), 532-8, aunque éste último no cree que la creación de esta ruta se remonte a época cipsélida. S. CASSON, *Macedonia...*, op. cit. (n. 41), 322 ya había señalado la coincidencia de esta ruta continental, alternativa a la marítima, con la *Via Egnatia*. E. OBERHUMMER, *Akarnanien, Ambrakia und Amphilochien*, Munich 1887, 246 prefiere ver intereses comerciales en la ruta terrestre y explicar la prosperidad de Ambracia por servir de encrucijada entre las vías epirotas, ilirias y macedonias.

<sup>59</sup> Sobre la localización de las minas, en algún punto entre Iliria y Macedonia Occidental, véase J.M.F. MAY, *The Coinage...*, op. cit. (n. 57), 1-25. J.G. MILNE, «The Monetary reform of Solon: a correction», *JHS* 58, 1938, 96 ss. es también de la opinión de que al menos parte de la plata de *Damastion* tendría por destino Corinto vía Ambracia. C.V. SUTHERLAND, «Overstrikes and Hoards», *NC* Serie VI, 2, 1942, 8 hace a la plata iliria fuente indirecta de buena parte del monedaje de la Magna Grecia y no sólo de Corinto, si bien fue contestado por C.M. KRAAY, *Archaic and Classical Greek Coins*, Berkeley-Los Angeles 1976, 187, 202, que consideraba más probable una procedencia local de la plata italiana, bien de la región de Longobucco, bien a través del comercio etrusco.

<sup>60</sup> C.M. KRAAY, *The Composition of Greek Silver Coins: Analysis by Neutron Activation*, Oxford 1962, 16-20, 33-4, seguido por J.B. SALMON, *Wealthy...*, op. cit. (n. 7), 173 n. 11.

<sup>61</sup> Debo a la amabilidad de la Dra. M<sup>a</sup> P. García y Bellido, del Centro de Estudio Históricos (CSIC), su valioso consejo en esta problemática.

posible que encontremos otro motor de la penetración corintia y corcirea en Iliria en la adquisición de esclavos, arrebatados generalmente de territorios fronterizos y marginales que apenas han sido alcanzados por la helenización<sup>62</sup>. El caso es que el Adriático, tanto la costa itálica como la ilírica, aparece inundado de manufacturas corintias que se remontan al siglo VII<sup>63</sup>.

La dependencia política respecto de Corinto se hace especialmente visible en el monedaje pues Ambracia y Léucade —y con ellas presumiblemente todas las colonias del NO— acuñan no sólo con el mismo tipo y peso que la metrópoli, el famoso Pegaso, sino que en un principio —en torno al 480—, las monedas ambraciotas proceden de cuños corintios, lo que indica sin duda que fueron producidas en una ceca corintia, siendo la abreviatura del étnico —*alfa* en Ambracia y *lambda* en Léucade, en lugar de la *kappa* corintia— la única diferencia apreciable<sup>64</sup>. Esto último sucede también en las dracmas y estáteras acuñadas por Anactorio en la década del 430', en las que el Pegaso se acompaña de la *digamma*, inicial del nombre de la ciudad<sup>65</sup>. Dos emisiones más, datables en este mismo período, justifican este punto de vista. La primera presenta en el

<sup>62</sup> Para un reciente estudio de la colonización como mecanismo de apropiación por la espada, véase T. RIHLL, «War, slavery, and settlement in early Greece», en J.R. RICH y G. SHIPLEY, *War and Society in the Greek World*, Londres-Nueva York 1993, 77-107, esp. 95-6 para la provisión de esclavos en regiones del extrarradio griego.

<sup>63</sup> Cf. L. BRACCESI, *Grecità...*, op. cit. (n. 57), 48-9, que pone de manifiesto que muchos de estos restos pueden ser corcirenses, debido a que la afinidad cultural con los corintios los hace indistinguibles. El estudio de A. NANAJ, «Coupes des périodes archaïque et classique de Butrint», *Iliria* 16, 1988, 68 revela que el 40 % de las copas encontradas en esta ciudad de Iliria del Sur son corintias. Para las relaciones comerciales en esta última región, en gran medida en manos corintias y corcirea, aunque también hay una presencia rodia y jónica, véase A. MANO, «Rapports...», art. cit. (n. 39), 307-16 y «Commerce...», art. cit. (n. 57), 119-24. Cf. también R.L. BEAUMONT, «Greek Influence...», art. cit. (n. 36), esp. 181-94 y F. D'ANDRIA, *Greek Influence...*, op. cit. (n. 44), 281-90.

<sup>64</sup> Para las emisiones ambraciotas véase O. RAVEL, *The Colts of Ambracia*, Nueva York 1928, 83; para las estáteras leucadias C.M. KRAAY, *Archaic...*, op. cit. (n. 59), 82. J.B. SALMON, *Wealthy...*, op. cit. (n. 7), 271-2 se muestra reacio a aceptar una significación política en estas emisiones: la leucadia buscaría facilitar el cobro de tasas en el canal de su isla, mientras la ambraciotas fue excepcional, en conexión con la campaña contra el Gran Rey.

<sup>65</sup> C.M. KRAAY, *Archaic...*, op. cit. (n. 59), 125.

anverso el Pegaso con una *epsilon* que es posteriormente alterada a *kappa*, lo que ha llevado a pensar que se trata de una acuñación de Epidamno y la marca representa la reivindicación corintia ante Corcira en los convulsos años del conflicto que enfrentaba a ambas por el control de la colonia<sup>66</sup>. La segunda emisión, que tiene como tipo del anverso a Pegaso montado por Belerofonte junto a la letra *pi*, ha de atribuirse presumiblemente a Potidea, en el NE, que hasta entonces había acuñado tipos locales que mostraban generalmente a Posidón<sup>67</sup>; sea cierta o no la hipótesis de Kraay que postula que esta emisión sirvió para pagar al contingente corintio que acudió en ayuda de la ciudad<sup>68</sup>, sublevada contra Atenas, la ruptura de la tradición local para adoptar el tipo corintio significa una vuelta a los orígenes de la colonia tras su pertenencia a la liga Ático-Délica, una vez demostrada la imposibilidad de resistir el cada vez más opresivo imperialismo ateniense en el Egeo. En realidad, la conexión con el pasado continuaba vigente a través de un nexo institucional si recordamos que esta colonia recibía anualmente *epidemiurgoi* de la metrópoli (*vid. infra*).

Al margen de las emisiones comentadas, a lo largo de todo el siglo V el numerario de Léucade y Ambracia conserva su fidelidad a los tipos corintios<sup>69</sup>. En la centuria siguiente, sobre todo en la segunda mitad, la emisión y utilización del monedaje de tipología corintia se hace extensiva a todo el área geopolítica del NO, más allá de las propias colonias corintias, abarcando a ciudades acarnanias, anfiloquias e ilirias<sup>70</sup>, lo que permite hablar de una auténtica, aunque breve en el tiempo, *koine* corintia en esta región que coincide con un momento de gran prosperidad en Corinto tras un siglo de guerra continuada. Las ciudades dentro de la esfera de influencia corcirea —incluida la propia Corcira—, así co-

<sup>66</sup> *Ibid.*, 84.

<sup>67</sup> *Ibid.*, 84-5.

<sup>68</sup> *Ibid.*, 85.

<sup>69</sup> *Ibid.*, 123-4 hace notar que la semejanza es tal que no excluye la posibilidad de que se trate de los mismos grabadores que trabajan en diferentes cecas coloniales.

<sup>70</sup> *Ibid.*, 126 para las ciudades emisoras de moneda corintia en el NO en este período, que el autor atribuye a los esfuerzos por sufragar la expedición de Timoleón a Sicilia.

mo una Siracusa bajo el mando temporal de Timoleón, se suman circunstancialmente a las emisiones de pegasos.

Es usualmente asumido que en la Antigüedad la utilización de idénticos tipos monetarios indica una subordinación política y que el hecho de emitir numerario en plata es sinónimo de autonomía<sup>71</sup>. Aplicado a nuestro caso, las emisiones en plata de las colonias corintias demuestran su autonomía interna, pero el uso de los tipos corintios atestigua una dependencia de la metrópoli, refrendada por otros datos, que se hace más evidente en política exterior<sup>72</sup>. Por otra parte, no menos significativo es que las colonias de Siracusa y Corcira, ambas con un floreciente comercio, sólo acuñaron los tipos corintios cuando cayeron bajo directo control de Corinto (*vid. supra*), es más, recién fundada Corcira adoptó un patrón próximo al euboico por su temprana hostilidad hacia la ciudad madre. En el marco de esta lucha continua con Corinto por el control del NO, Corcira también dejará sentir su influencia en la región, más evidente en las colonias septentrionales, Epidamno y Apolonia, según demuestra la adopción de su patrón y tipos monetarios —la vaca y el ternero<sup>73</sup>.

Otro vínculo entre metrópoli y colonia, el envío anual de *epidemiurgoi* a Potidea, es rescatado por Tucídides al hablar de las *aitiai* que precipitaron el estallido de la Guerra del Peloponeso. Aunque el carácter y función de estos magistrados permanece oscuro, es improbable que tu-

<sup>71</sup> *Ibid.*, 79; las excepciones apuntadas por A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 123-8 no son suficientes para negar la validez general de esta regla.

<sup>72</sup> A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 122-4 ha objetado que las razones para adoptar los tipos de la metrópoli pudieron ser exclusivamente comerciales, basándose en que los pegasos corintios tuvieron gran aceptación en el Occidente Mediterráneo, pero hay una gran diferencia entre aceptar/traficar con los pegasos y acuñarlos ya que la moneda testimonia, valida y exalta símbolos, valores e historia de una polis o de sus gobernantes, «se convierte en expresión de orgullo cívico o personal», en palabras de C.M. KRAAY, *Archaic...*, *op. cit.* (n. 59), 321.

<sup>73</sup> C.M. KRAAY, *Archaic...*, *op. cit.* (n. 59), 129. Como Graham en el caso corintio (véase n. 72), R.L. BEAUMONT, «Greek Influence...», *art. cit.* (n. 36), 168 creyó que la adopción del tipo corcirense por la moneda de Epidamno fue por «conveniencia comercial», mientras J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 274 resta valor a esta evidencia por no remontarse más allá del siglo IV. Sobre la mayor influencia corcirea en estas colonias, cf. S.C. BAKHUIZEN, «Between Illyrians...», *art. cit.* (n. 38), 166-73.

vieran algún poder efectivo sobre el orden y organización de la colonia<sup>74</sup> pues Atenas no hubiera admitido tal injerencia en la política interna de uno de los aliados tributarios de su Liga. Posiblemente el ejercicio del cargo de se inscriba en el ámbito de las prácticas cultuales, representando a la ciudad madre en las fiestas y ritos, cuando se hacía más patente el sentimiento de un origen común, concretado en el ofrecimiento de las primicias de los sacrificios y en el lugar destacado que ocupaban en ceremonias cívicas compartidas<sup>75</sup>. No obstante, el vínculo religioso podía suponer sólo la necesaria base o el barniz que recubre una genuina relación de tipo político. La exigencia ateniense en 432 de expulsión de los *epidemiurgoi* corintios, como la demolición de las murallas y la entrega de rehenes potideatas (1.56.2), no tiene otro objeto que el de evitar el peligro de insurrección en Tracia —una vez comprobada la hostilidad corintia por la interferencia ateniense en Sibota—, un área extremadamente importante para Atenas por el tributo y el suministro de madera y metales, ya que los *epidemiurgoi*, al igual que los *proxenoi* y embajadores, podían actuar como canales de información en las conspiraciones y revueltas<sup>76</sup>. La mera presencia de estos magistrados era un recuerdo de la filiación de Potidea y de la influencia más o menos fuerte sobre la misma que seguía ejerciendo la ciudad madre. Difícilmente Potidea, aislada en el NE, pudo ser un caso único en recibir magistrados dentro de la comunidad colonial corintia y por indemostrable que pueda ser, podemos suponer que las *apoikiai* del NO, más próxi-

<sup>74</sup> Como sostenían J.G. O'NEILL, *Ancient Corinth*, Baltimore 1930, 158, A.W. GOME, *HCTI* 56,2 y J.A. ALEXANDER, *Potidaea...*, *op. cit.* (n. 43), 21. D. KAGAN, *Politics...*, *op. cit.* (n. 25), 18 pensaba que los *epidemiurgoi* reemplazaron a los antiguos representantes de la dinastía cipselida, pero sin aclarar en qué medida o con qué poderes.

<sup>75</sup> 1.25.4; cf. J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 393-4. U. KAHRSTEDT, *Griechisches...*, *op. cit.* (n. 6), 364, seguido por E. WILL, *Korinthiaka...*, *op. cit.* (n. 2), 524 n. 1, ya defendió que estos magistrados eran una reliquia del pasado, sin ningún poder práctico.

<sup>76</sup> Aunque D. KAGAN, *Outbreak...*, *op. cit.* (n. 28), 279 ve en el ultimátum ateniense «un acto de desafío a Corinto», el propio Tucídides destaca los temores atenienses a que estallara una revuelta general, cosa que sucedió poco después con la ayuda e instigación de los corintios y el rey Perdicas de Macedonia. Para el papel de intermediarios de embajadores y *proxenoi*, véase L.A. LOSADA, *The Fifth Column in the Peloponnesian War*, *Mnemosyne* supl. 21, Leiden 1972, 109.

mas a Corinto, sufrirían una mayor y más efectiva supervisión por parte de magistrados que garanticen su permanencia en la *arche* corintia.

El problema planteado por esta magistratura admite un segundo enfoque, el de servir como una vía de compromiso entre las colonias y su entorno indígena. Puesto que inscripciones del siglo IV atestiguan que los *demurgoi* eran los magistrados superiores dentro del *koinon* de los molosos, la principal tribu epirota, asimiladora de grupos étnicos vecinos<sup>77</sup>, es posible que los *epidemiurgoi* corintios funcionaran como magistrados reconocidos por los diferentes *ethne*, encargados de regular la vida en las comunidades mixtas de grecoparlantes y bárbaros.

La medida de la naturaleza y carácter del imperio corintio en el Noroeste es dada por los embajadores corintios en el discurso librado ante la *Ekklesia* ateniense con motivo de evitar la alianza de éstos con Corcira. Más allá del tono retórico que envuelve el discurso, propio de la ocasión, el fondo del mismo se revela como una importante fuente de información sobre cómo los corintios entendían las relaciones con sus fundaciones coloniales. En primer lugar, queda claro que dicha relación se basa en el respeto y obediencia de un súbdito hacia su *hegemon* (1.38). Sus fundamentos sólo son violados por Corcira, que se niega a cumplir los compromisos adquiridos de acuerdo a las *nomoi Hellenes* (1.41.1; cf. 1.25.4). Por dos veces se establece una equiparación con la *arche* ateniense al sostener que cada *hegemon* estaba legitimado para sofocar las revueltas surgidas en su esfera de poder (1.40.5; 43.1); puesto que Corinto había votado en 440 contra la intervención de la Liga del Peloponeso en favor de una Samos sublevada, posibilitando así que Atenas asentase a su antojo los asuntos en la isla, ahora Atenas debía hacer lo mismo y no inmiscuirse en el intento corintio de doblegar a su colonia rebelde<sup>78</sup>.

<sup>77</sup> P. CABANES, «Les habitants des régions situées au Nord-Ouest de la Grèce antique étaient-ils des étrangers au yeux des gens de Grèce centrale et meridionale?», en R. LONIS (ed.), *L'étranger dans le monde grec*, Nancy 1988, 98. J.A. ALEXANDER, *Potidaea...*, *op. cit.* (n. 43), 23 pensaba que pudo haber un magistrado local denominado *demurgos* y, por encima suyo, como indicaría la preposición *epi*, el *epidemiurgos* corintio (aunque *epi* tiene un significado de adición, no de superioridad).

<sup>78</sup> Se trata, por tanto, de la interferencia política de la *arche* ateniense en asuntos que atañen a la corintia, como ya vio A.H.M. JONES, «Two Synods of the Delian and Peloponnesian Leagues», *PCPhS* 182, 1952-3, 44.

Por encima de las diferencias sustanciales entre ambos imperios, principalmente el hecho de que el corintio se construía sobre el sentimiento de una común *syngeneia*<sup>79</sup> y no requería de tributo, es importante retener que para Corinto sus colonias son «aliados» que le deben fidelidad a cambio del apoyo y defensa que la metrópoli presta en momentos de necesidad. Más difícil es pensar que Corinto contempló alguna vez la posibilidad de integrar a sus colonias en la Liga del Peloponeso, como ha supuesto J.B. Salmon<sup>80</sup>, puesto que sólo los estados peloponésicos, geográficamente hablando, podían ser miembros de pleno derecho, mientras los extrapeloponésicos recibían el estatuto de aliados<sup>81</sup>.

Por otra parte, según hemos podido apreciar, el conflicto entre Corinto y Corcira rebasa los límites de tensión o disputa entre metrópoli y colonia, de la exigencia de una *piEDAD filial*; se trata de una lucha de poder, por el control imperial de los mares Jónico y Adriático y, por ende, de la ruta a Sicilia y Magna Grecia, así como por los beneficios de su explotación, de la que τὰ Κερκυραϊκά es sólo un episodio más<sup>82</sup>. Este conflicto muy posiblemente se remonta, como sostiene Heródoto (3.49.1), a los orígenes de la colonia y ya en 664 fueron según Tucídides los protagonistas de la primera naumaquia griega conocida (1.13.4). La importante política exterior desarrollada por Periandro, en especial en el Golfo Corintio y sus alrededores, alcanzó a Corcira, que terminó por caer temporalmente bajo la égida corintia. En este período Corcira había fundado, con el patronazgo supervisor del cipsélida, las colonias ilí-

<sup>79</sup> Y no sobre obligaciones de tratado o acuerdos legales, como se desprende de 7.58.3.

<sup>80</sup> *Wealthy...*, *op.cit.* (n. 7., 407).

<sup>81</sup> W.W. SNYDER, *Peloponnesian Studies, 404-371*, diss. Princeton Univ. 1973, 12-50.

<sup>82</sup> A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 146-53; J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 283; D. KAGAN, *Outbreak...*, *op. cit.* (n. 28), 218-21; M.L.Z. MUNN, *Corinthian Trade...*, *op. cit.* (n. 45), 19. R.L. BEAUMONT, «Greek Influence...», art. cit. (n. 36), 183 y L. BRACCESI, *Grecità...*, *op. cit.* (n. 57), 40-1 dan más valor a los motivos económicos que a los puramente políticos. A pesar de los ilustrativos ejemplos de esta lucha por el NO que citamos más adelante, J.B. WILSON, *Athens and Coreyra. Strategy and Tactics in the Peloponnesian War*, Bristol 1987, 26, 33-4 niega que los corcirenses aspiraran a un dominio o expansión territorial, sino que se contentarían con la prosperidad proporcionada por sus prácticas piráticas, aunque reconoce, por otra parte, que Corinto no podía tolerar el desafío de Epidamno y Corcira a su control de la ruta a Sicilia y la Magna Grecia.

ricas de Apolonia y Epidamno, pero nada más verse libre de la tutela impuesta por Corinto, Corcira reanudará el enfrentamiento contra su metrópoli y tratará de extender su influencia por el NO. En un momento indeterminado de la época arcaica, Apiano (BC. 2.39) presenta a los corcirenses controlando los mares e imponiéndose a los piratas liburnios. Pero es en el siglo V cuando vemos agudizarse este conflicto de poder, probablemente porque contamos con más abundante información literaria y arqueológica. Así Temístocles, designado árbitro en la disputa entre Corinto y Corcira por la isla de Léucade, falló en favor de la segunda y multó a Corinto con veinte talentos, decisión que le valió ser nombrado εὐεργέτης de los corcirenses<sup>83</sup>. La facción demócrata de Epidamno dio a Corinto la oportunidad de aspirar a detentar la potestad sobre la ciudad, inmersa en el área de influencia corcirea<sup>84</sup>. Tras su victoria en Leucimne en 435 Corcira tomó represalias contra las colonias y aliados corintios (1.30.2-3), sin duda para desprestigiar al antiguo *hegemon* y dejar sentir la fuerza de la nueva dueña del mar. Esta creciente influencia debió dar sus frutos en Anactorio, donde existían elementos corcirenses—Tucídides habla ahora de una propiedad común de Corinto y Corcira, para ocho años después denominarla exclusivamente «ciudad corintia»—, porque los corintios tuvieron que apoderarse de la ciudad y asentar nuevos colonos a la vuelta de Leucimne<sup>85</sup>. Para

<sup>83</sup> Plu., *Them.* 24.1; P. Oxy. 1012,C (fr. 9), II, ll. 23-34; 1.136.1 y escolios correspondientes. Cf. L. PICCIRILLI, «Temístocle evergetes dei Corciresi», *ASNP* 3, 2, 1973, 317-55 colorea un tanto su estudio de las fuentes con una enemistad política y comercial entre Corinto y Atenas que en absoluto está constatada antes de mediados del siglo V.

<sup>84</sup> La intercesión corintia ha de verse desde un prisma político, como un intento de acrecentar su dominio del Noroeste y no respondiendo a «una obligación moral de ayuda a una ciudad rechazada por su metrópoli» [según ha expresado J.B. SALMON, *Wealthy...*, *op. cit.* (n. 7), 283], ni tampoco a «un odio hacia Corcira» (como hace G. GLOTZ, *Histoire Grecque II*, París 1986<sup>5</sup>, 615). La embajada corintia a Delfos no es otra cosa que un intento de legitimar ante el mundo griego esta intervención, evitar que se convirtiera en *casus belli* y pesara sobre ella la responsabilidad de la guerra; para la especial relación del centro oracular con el gobierno corintio ya desde época tiránica, véase C. FORNIS, «El papel del Oráculo de Delfos en la tiranía arcaica», *Actas VIII Congreso de la SEEC (Madrid 1991)*, III, Madrid 1993, 145-52.

<sup>85</sup> 1.55.1; cf. 4.49 para la caída de Anactorio por traición, que A.J. GRAHAM, *Colony and Mother...*, *op. cit.* (n. 3), 133-4, L.A. LOSADA, *The Fifth Column...*, *op. cit.* (n. 76), 64-6

encarar a la flota corcirese de ciento diez naves (1.47.1), Corinto llevó a cabo en dos años un programa de construcción naval encomiable, sólo comparable al promovido por Temístocles en Atenas en las Guerras Médicas, que le permitió presentar a los corcirenses en Sibota noventa *triereis* propias de un total de ciento cincuenta aliadas<sup>86</sup>.

El NO siguió teniendo un gran protagonismo en la Guerra Arquidámica y fue uno de los principales teatros bélicos, consecuencia del deseo ateniense de acabar con el control corintio de la región. Ya durante la Primera Guerra del Peloponeso el asentamiento de mesenios en Naupacto por parte de Atenas amenazaba la posición de Corinto en el Noroeste pues por primera vez situaba naves atenienses en el Golfo Corintio<sup>87</sup>, en un enclave que permitía un control de la entrada al mismo con escasos medios<sup>88</sup>. En este conflicto Calcis cayó en manos atenienses durante la expedición de Tólmides en 457 (1.108.5) y es posible que Molicio también sufriera ese destino ya que en 429 aparece en poder de Atenas (2.84.4); igualmente Solio fue tomada en 431 (2.30.1) y Anactorio en 425 (4.49). Desde el invierno del 430/9 (2.69.1) —y hasta el 411 (D.S. 13.48.6)—, las naves atenienses instaladas en Naupacto ejercieron un bloqueo del Golfo Corintio que, aunque no totalmente efectivo, afectó al aprovisionamiento de grano desde Occidente y originó cuan-

y J.B. SALMON, *Wealthy... op. cit.* (n. 7), 274 atribuyen a los corcirenses, pero es igualmente plausible que fuera obra de una facción proateniense o de anfiloquios que vieran en Atenas una liberación de su condición marginal en la ciudad.

<sup>86</sup> 1.46.1; Ambracia también triplicó su aportación —de ocho a veintisiete naves— con respecto a Leucimne. Cf. TH. KELLY, «Thucydides and Spartan Strategy in the Archidamian War», *AHR* 87, 1982, 32 con n. 22 y R.P. LEGON, «The Megarian Decree and the Balance of Greek Naval Power», *CPh* 68, 1973 161-71 para un pormenorizado análisis de cómo se desarrolló la construcción y los lugares de aprovisionamiento de madera.

<sup>87</sup> 1.103.1-3. Los atenienses aprovecharon para asentar a los mesenios una *stasis* que estalló entre los naupactios y los diferentes pueblos locros con quienes convivían en un ambiente pleno de tensiones; cf. D. ASHERI, «Il "rincalzo misto" a Naupatto», *PP* 22, 1967, 343-58. Sobre la fecha véase R.A. MCNEAL, «Historical Methods and Thucydides I.103.1», *Historia* 19, 1970, 306-25.

<sup>88</sup> A pesar de tener casi un siglo, la obra de W.J. WOODHOUSE, *Aetolia. Its Geography, Topography, and Antiquities*, Oxford 1897, sigue proveyendo una excelente descripción de esta región; véase en particular 309-22 para Naupacto y para sus alrededores (Antirrio y Molicio), también puntos estratégicos en la costa del Golfo Corintio, 323-31.

tiosos daños en el comercio a y desde Corinto. Las victorias de Demóstenes en Olpe e Idómene en 426 (3.105-114) supusieron que Ambracia, el orgulloso baluarte corintio en el NO<sup>89</sup>, sufriera un golpe del que ya nunca se recuperaría y que traería consigo poco después la caída de Anactorio y de Eniade. Con la excepción de Léucade y de la debilitada Ambracia, Corinto había visto evaporarse su pequeño *imperium* colonial en el NO y los frutos que obtenía del mismo<sup>90</sup>. Más aún, con esta victoria Atenas sustituía definitivamente a Corinto como dominadora del NO, al menos durante la Guerra del Peloponeso, y así lo entendió Tucídides cuando desarrolló tan extensamente las campañas de este área geopolítica.

<sup>89</sup> La cifra aportada por Tucídides de tres mil hoplitas (3.105.1), sin que constituyese la leva total de la ciudad, ya que poco después un segundo ejército ambraciota no menos importante acudiría como refuerzo (105.4; 110.1), hace pensar que Ambracia era una de las *poleis* más grandes de Grecia y una auténtica potencia militar. D.S., 12.60 da sólo mil hoplitas, pero no parece derivar de una fuente no tucididea y su relato es algo confuso para ser preferible, si bien su número es aceptado por K.J. BELOCH, *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt*, Leipzig 1886, 195-6, seguido por B.W. HENDERSON, *The Great War between Athens and Sparta*, Londres 1927, 153 n. 2. A.W. GOMME, *HCT* III 105,4, aunque con alguna duda, mantiene la cifra de Tucídides, lo mismo que R.L. BEAUMONT, «Corinth...», art. cit. (n. 28), 64 n. 29, que estima en cinco mil la leva hoplítica total para Ambracia; N.G.L. HAMMOND, *Epirus... op. cit.* (n. 31), 502 eleva ésta a seis mil para un conjunto de unos veinticinco mil habitantes en 426; cf. D. KAGAN, *The Archidamian War*, Itaca-Londres 1974, 210, que también prefiere a Tucídides.

<sup>90</sup> No es una casualidad que Corinto viera casi totalmente interrumpidas sus emisiones monetarias durante la Guerra del Peloponeso, sin duda consecuencia de la falta de plata iliria y de los efectos del bloqueo ateniense del Golfo Corintio; cf. C.M. KRAAY, *Archaeic... op. cit.* (n. 59), 83.